

bar
bú

Mande a su
hijo a Marte

Fernando
Lalana



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2000, Fernando Lalana
© 2000, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Pep Brocal

Duodécima edición: junio de 2013
Segunda edición en Editorial Bambú
ISBN: 978-84-8343-157-3
Depósito legal: M-26798-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzós, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

La Tierra. A mediados de agosto	9
Dorian Gray	9
Marte. Martes, 13 de septiembre	16
Yuri Gagarin	16
Wendy Darling	22
Señor Euc	24
No hay lugar como la Tierra	30
Miércoles, 14 de septiembre	33
Bazofia	33
Señor Octavius	36
Nadie como tú	38
El príncipe de Dinamarca	39
Leningrado	42
Jueves, 15 de septiembre	49
Director Martin (o Martini)	49
Un panoli	52
Cara de nena	56
Sin gracia	58

Viernes, 16 de septiembre	61
Una nimiedad	61
Lunes, 19 de septiembre	63
Ambiente hostil	63
Cita a ciegas	64
En el bote	72
Terrible decisión	79
Mediana distracción	85
Martes, 20 de septiembre. 1:00 horas	87
Armando Manzanero	87
La huida	98
Martes, 20 de septiembre. 8:30 horas	115
Banca Europea	115
ESA	118
Nuevo París Sur	122
Mariana Hemingway	131
La «pizza» de Alberto	134
Martes, 20 de septiembre. 19:00 horas	139
El desastre	139
La vida en un chip	141

La Tierra. A mediados de agosto

Dorian Gray

—**H**ala... Me dijiste que podría ir contigo a este viaje.

—No, no, no, Elisa. Eso no es cierto. Te dije que vendrías si aprobabas el segundo ciclo de Enseñanzas Primordiales —replicó don Roberto, insistiendo en la partícula condicional de la frase—. Como no ha sido así tienes que repetir curso, no puedo llevarte conmigo.

—¡Pero...! ¡No ha sido mi culpa, paporris! ¡Es que «la tortuga» me tiene manía!

—Mujer, si la llamas «la tortuga», no me extraña que te tenga manía. Aunque dudo que su odio llegue hasta el extremo de suspenderte injustamente.

—¡Huy...! ¡No conoces a la «tortu», paporris! Es capaz de todo.

—En primer lugar, sí la conozco. Y me parece una buena profesora. Y en segundo lugar: no me llames «paporris» ¿quieres?

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? ¡Porque no me gusta, caray! Llevo doce años diciéndotelo. Desde que aprendiste a hablar, más o menos. ¿No puedes llamarme «papi» o «papá»? Incluso «papuchi» suena más cariñoso. ¿De dónde demonios sacaste eso de «paporris»? ¡Es ridículo!

–No me acuerdo. Se lo debió de inventar mamá –susurró Elisa.

La mención de su mujer enturbió momentáneamente la mirada de don Roberto, pese a que se había propuesto no dejarse vencer nunca por la tristeza de su recuerdo delante de Elisa.

–Lo cual demuestra que tu madre tenía a veces ideas de astronauta –replicó sordamente–. Como cualquiera.

Elisa se dio cuenta de que su padre había bajado la guardia. Decidió contraatacar.

–Venga, papá... déjame ir contigo. Puedo seguir estudiando en esa colonia espacial a la que vas.

Don Roberto negó con firmeza.

–No, Elisa, no insistas. Esta vez no voy a una colonia sino a una estación espacial experimental. Un lugar realmente inhóspito. Allí no hay niños ni, por lo tanto, escuela. Si hubieras terminado tus estudios, sería otra cosa. Además, ya lo hemos hablado muchas veces: cuando se hace un trato, hay que cumplirlo. Yo estaba dispuesto a cumplir mi parte; pero tú no has cumplido la tuya.

–Ya, ya lo sé. Por eso te estoy haciendo la pelota tan descaradamente. Si hubiese aprobado no tendría que andar suplicándote.

Don Roberto sonrió. Estuvo a punto de ceder. Adoraba a su hija y la idea de estar una larga temporada separado de ella le hacía sentirse desgraciado. Desgraciado y culpable.

–Es el último viaje, Elisa. Lo sabes bien. Firmé con la Agencia Espacial Europea por cinco misiones antes de que nacieras. Antes, incluso, de conocer a tu madre. Mil veces me he arrepentido. He procurado retrasar al máximo el compromiso pero ahora no tengo escapatoria: necesitan con urgencia un psicólogo cibernético y ninguno de mis compañeros está disponible. En esa estación hay noventa científicos de primerísima categoría llevando a cabo experimentos cruciales, y el ordenador central parece estar a punto de caer en una peligrosa depresión. No tengo más remedio que acudir. Pero es el último viaje. Después de este no nos separaremos más, te lo prometo.

Elisa suspiró con resignación.

–Está bien... ¿Cuánto tiempo va a ser esta vez?

–Supongo que podré resolver el problema en... veinte o treinta días. Los ordenadores de última generación son muy receptivos a las nuevas técnicas psicológicas y, con una terapia intensiva...

Elisa miró a su padre con dureza.

–Veinte o treinta días... más el viaje.

–Sí, claro, el viaje... Un día de ida y otro de vuelta.

–¡Vamos, papá, que no me chupo el dedo! –exclamó la joven–. ¿A quién quieres engañar? Para ti será un día de ida y otro de vuelta pero ¿cuánto tiempo terrestre supone eso? O sea ¿cuánto estaré realmente sin verte?

Don Roberto carraspeó antes de responder.

–No mucho. Menos que la última vez. La estación Baena-Seis está relativamente cerca. En total, unos... ¡jjem!... once meses.

Elisa se dejó caer de espaldas en el sofá con cara de fastidio.

–Once meses... A este paso, acabarás siendo más joven que yo. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿No has oído hablar del síndrome de Dorian Gray?

Don Roberto se levantó del sillón, aspaventando.

–No digas barbaridades, Elisa, por favor. ¡El síndrome de Dorian Gray!... ¡Buoh! Eso son patrañas de escritores de novelitas de aventuras. Además, ya te he dicho que va a ser mi último viaje. O... al menos, mi último viaje solo. Si, más adelante, debo volver a marcharme, nos iremos juntos. Eso, te lo prometo.

–Sí... como dos colegas ¿no? –replicó Elisa, ácidamente.

INFORME 1

Cuando en 2165 se realizó el primer viaje de ida y vuelta a la Tierra a velocidad cercana a la de la luz, se comprobó que las distorsiones del espacio-tiempo que Albert Einstein ya había previsto en sus teorías doscientos cincuenta años antes se cumplían a rajatabla.

Según la Teoría de la Relatividad Especial, formulada por Einstein en los primeros años del siglo xx, para viajeros que se moviesen a velocidades próximas a los trescientos mil kilómetros por segundo, el tiempo prácticamente tenía que detenerse aunque prosiguiera a su ritmo normal para un ob-

servador en reposo. Como sucede con todas las teorías revolucionarias, fueron muchos los que dudaron de que aquel efecto previsto por el sabio alemán se produjera verdaderamente en condiciones reales.

Hubo que esperar hasta el primer tercio del siglo xxiii para obtener la confirmación total y absoluta de que sus suposiciones eran válidas en cualquier circunstancia.

Para entonces, la civilización nacida en la Tierra, tras colonizar lo más interesante del sistema solar, había salido a la búsqueda de nuevas fronteras en nuestro universo particular, la Vía Láctea. Al regreso de un fugaz viaje de ida y vuelta hasta las últimas colonias interestelares, situadas a casi diez años-luz del sistema solar, se comprobó que los viajeros apenas habían envejecido. Para quienes les esperaban en la Tierra, por el contrario, habían transcurrido más de dos décadas.

Así, ya no había ningún obstáculo para que unos padres «viajeros» llegasen a ser más jóvenes que sus propios hijos, si estos preferían llevar una vida más sedentaria. Es lo que se había bautizado como «Efecto Dorian Gray». No se conocían casos reales pero, tras estudiar el fenómeno en el plano teórico desde todos los puntos de vista, se sospechaba que las consecuencias psicológicas para los afectados podían ser devastadoras.

Fin del INFORME 1

–Supongo que tendré que quedarme con tía Carlota, como las otras veces.

Dijo Elisa. Y es lo que don Roberto habría querido. En esta ocasión, sin embargo, todo parecía estar saliendo al revés de lo deseado.

–Esta vez, no. Tu tía Carlota ha conseguido un empleo en la estación orbital Alfa-Tres y no puede cuidar de ti.

–Oh –exclamó Elisa, poniendo una boca muy, muy redonda–. ¿Entonces?

–Mucho me temo que... tendrás que quedarte interna durante el próximo curso.

Elisa tardó unos instantes en asimilar la información.

–No fastidies... –dijo, por fin–. ¿Otra vez con las monjas saturnianas, como cuando tenía ocho años? No me digas que tendré que volver a vestirme con aquellos horribles uniformes de color verde eléctrico y hacer colectas para las misiones en Ganímedes.

–No, Elisa. Efectivamente, ya eres demasiado mayor para volver a ese colegio.

–Ah, bien. ¿Entonces...?

–Verás: un amigo mío de la Agencia Espacial Europea me ha hablado muy bien de cierto internado. El colegio «Gagarin», creo que se llama.

–¿«Gagarin»? –repitió Elisa con dificultad y un puntito de asco– ¿Qué clase de nombre es ese? Suena fatal...

–Era el apellido del primer cosmonauta terrestre. Un ruso.

–Ah, ya... cosas del siglo veinte ¿no? ¡Por favor...! Hay que ver el cariño que le tenéis los carrozas a la prehistoria. ¡Bueno! ¿Y dónde está ese colegio ruso, si puede saberse? Espero que no hayas pensado enviarme a Siberia. Ya sabes lo friolera que soy yo.

–No, mujer, qué cosas tienes. Es un colegio estupendo; y, de ruso, solo tiene el nombre. Se trata de un centro de la Fundación ABM. Y está en la zona más tranquila de... Marte.

Elisa abrió unos ojos como panderetas.

–¿Quéee...? ¿En Marte? ¡Será una broma!

–Pues... no. No es broma, no. En Marte. Así dejarás de quejarte porque nunca te saco de la Tierra y ni siquiera conoces la Luna. ¡Je!

–Papá...

–Además, como en esta época del año Marte está de camino a Baena-Seis, podremos hacer juntos la primera parte del viaje. Así estaremos separados casi quince días menos.

–Fantástico... –dijo Elisa sin el menor entusiasmo.